

¿DE NUEVO? ¡NI EL HILO!

6-115

Y después de todo, no hay más remedio: ¡hay que pegar la hebra! ¿No más remedio? ¡Claro! Bouvard y Pecuchet recorrieron los círculos — peor que del infierno dantesco — de la insondable ramplonería humana; se les desarrolló en el espíritu la lamentable facultad de ver la tontería — *la bêtise*, en francés, está mejor — y de no tolerarla ya, y acabaron... ¡copiando como antaño! Como escribientes empezaron y como escribientes acabaron.

Hemos oído de un amanuense jubilado, que no necesitando ya del trabajo de su pluma para ganarse la vida, se la pasaba copiando la *Gaceta*. ¡Qué rasgueos, qué primores pendolísticos! ¡Y sin un borrón ni una tachadura! ¡Aquello era estilo! Y este hombre extraordinario no necesitaba para ganarse la vida escribir así. Para ganarse la vida, ¡no!; pero para vivir así. Aquello era ya su vida. Y la de un amanuense es tan vida como la de un escritor.

¿Pero es que un escritor es algo más que un amanuense ó escribiente? Muchísimas veces, ¡no!; y al cabo de los años, casi siempre. Acaba el escritor público por escribir al dictado. ¿De quién? ¿De su público? A las veces, sí; pero, por lo común, al dictado de uno que fué y de que sólo le queda el fantasma dentro. El autoplagio es lo regular.

«¿Qué hay de nuevo?», le preguntaban al sastré remendón; y respondía: «¿de nuevo?; de nuevo, ¡ni el hilo!» Y es lo terrible; porque si el hilo es nuevo, ¿qué importa lo demás? Es el hilo lo que importa en la vida. Cada día es como el otro; mañana como ayer; y así los vamos pasando siempre, en espera de un mejor pasado.

«¿Será de un mejor futuro?» No, sino de un mejor pasado, de un mejor ayer, de un mejor recuerdo. Quercemos poder recordar pasado mañana, cuando sea hoy, un ayer, que es el mañana de hoy, mejor que nuestro ayer de hoy. ¿Está claro?, como dice el otro cuando no dice nada y quiere hacer creer que ha dicho algo.

¿De nuevo? De nuevo, ¡ni el hilo!, como dijo el sastré de marras. El hilo, en la vida, es la pasión; y la pasión acaba por consumirse á sí misma, y no queda ni hilo. Y ya no es que no sea nuevo el hilo, sino que no hay tal hilo. Y los retazos y andrajos y flecos y jirones y volantes y embozos y solapas y faldillas de que se compone el traje con que quercemos vestir la desnudez de nuestra alma y darnos así una historia, todo eso se despedaza por falta de hilo. Habíamoslo mal hilvanado y peor zurcido, sin pasión, por hacer que hacíamos, por satisfacer el cosquilleo de los dedos, que nos pedían sastrería, ¡y así salió ello!

«¿Qué de cosas no han ocurrido en estos dos años?», me dijo. «¿Desde cuándo?», le pregunté. Y él: «sobre todo, desde el primero de Junio de 1917.» «Y esas cosas que nos han ocurrido, ¿dónde están?», volvió á preguntarme. «¡Han pasado!», me contestó cabizbajo. «¡Y tan han pasado! — exclamé —, ¡han pasado!; aquí pasa todo, y nada queda!; ¡y eso que pasa no constituye pasado! ¡Y es por falta de hilo! El hilo era viejo, viejísimo...; ¡ni era hilo!»

Al cabo de los siglos, el hilo que enlaza las hojas de un antiquísimo, de un secular códice, acaba por perder el agua de vegetación, y se hace extremadamente quebradizo y hasta se va en polvo. El hilo enteramente seco por dentro — aunque se le humedezca por fuera — deja de ser hilo, pierde su continuidad, y, al cabo, es como una sogá de arena. Ya no es hilo

Si sí, han pasado muchas cosas en estos dos años; pero ha faltado la pasión para enhebrarlas. Y aun hay quienes hablan de pasiones desbordadas. ¡Botafates! A ver: ¿dónde está la pasión?

¿Pasión? ¿Dónde? ¡En el ruedo del reñidero de gallos acaso? ¡Quíá! ¡Pero si cantan á compás! ¡Si tienen ensayado el cacareo! ¡Si se atusan la cresta! ¡Si se embrojan los espolones!

Y, ¡es claro!, los que tenemos que pegar la hebra de estos escritos comentarios á la vida — *tenemos que...* ¡sí, no hay otro remedio! —, nos encontramos sin hebra, sin hilo, al fin. ¡Se nos ha quemado! La pasión se consume á sí misma. Y con los años...

Moisés vió en el monte Horeb, estando apacentando las ovejas de Jetro, su suegro, una zarza que ardía en fuego sin consumirse. Así, por lo menos, se nos dice al principio del capítulo tercero del *Éxodo*. Pero ese fuego debía de ser el fuego increado, y no un fuego humano. Porque hay fuego humano, fuego que consume al hombre las entrañas.

Pero, ¡no...!, no: las entrañas se recrecen y renuevan y rehacen al fuego. La fiebre consume; pero también crea cuando encuentra pábulo. Hay hombres de entrañas tan febriles, que alumbran con los ojos cuando ven. Y éstos son los que tienen historia.

¿Historia? Estamos hoy tan desnudos de ella como hace más de dos años, cuando no habían pasado las cosas que han pasado. Que han pasado sin dejarnos pasado. A lo sumo, nuestros comentarios.

Se nos apaga el fuego, y nos encontramos en el ámbito común, en el hogar comunal. Y tampoco es un témpano de hielo. ¡Ojalá! ¡Ojalá fuese la piedra del hogar un carámbano! Al fin, se puede esculpir en el hielo. Es peor, es mucho peor. Se apagó el tronco de encina que allí ardía, el que coció nuestros manjares, y queda el rescoldo entre ceniza. ¡Y vete á hacer un hilo con ceniza! ¡Mejor con hilo!

Y el hielo quema también. ¡Si al fin se descubrieran frigoríficos para conservar nuestro pasado! ¡Bonita industria! Pero, ¡no!; ya ni se nos quema: se nos pudre. Y se nos pudre que apesta. Y es el hedor tan espeso, que resulta ya irrespirable esta nuestra civilización nacional. Falsas ruinas; ruinas restauradas, y á las veces ruinas falsificadas y ruinas de bambalina.

«*Etiam ruinae periere!*»; «hasta las ruinas perecieron», que dijo el poeta. ¿Qué poeta? No lo recuerdo, y he perdido el hilo de mis citas. Bueno, ¡lo mismo da!; la cosa es acabar, como Bouvard y Pecuchet, copiando. ¿Y qué mejor podía uno hacer que poner en limpio el libro de la Naturaleza?; ¿copiar caligráficamente el borrador de cartas del Sumo Hacedor? ¡Oh, si el Creador le tomase á uno de amanuense!... Y esto después de haber pasado por esa terrible dolencia, que es no poder resistir la tontería, la ramplonería, la vaciedad humana.

¿Tontería? Impasibilidad más bien. Todo tonto es, en el fondo, un impassible. Y el tonto se pasa la vida zurciendo con una aguja desnuda, sin hilo. ~~El tonto~~ ha dado cuenta de que no tiene hilo su aguja. Lo perdió de puro viejo que el hilo era.

¡Si supiera el lector de este dictado lo terrible que es el que un sastré se encuentre sin hilo y con un montón de retazos de paños y telas de todos tamaños, calañas y colores! Hay escritos que lloran sin lágrimas y en silencio. Y sólo se ve la mueca, una mueca ridícula y cansada.